

JÜRGEN  
THORWALD



# EL SIGLO

— DE LOS —

# CIRUJANOS



*Ariel*

Jürgen Thorwald

# El siglo de los cirujanos

Traducción de  
E. Donato Prunera

*Ariel*

Título original: *Das Jahrhundert der Chirurgen*

1.ª edición en Editorial Ariel: noviembre de 2016

© 1972, Droemersche Verlagsanstalt Th. Knaur Nachf. GmbH & Co.  
KG, München. All rights reserved by Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH  
CO.KG, München.

La contratación de esta obra se ha gestionado a través de la Agencia Literaria  
Ute Körner, Barcelona – [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Traducción de E. Donato Prunera

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:  
© 2016: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2496-8  
Depósito legal: B. 21.286 - 2016

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## *Índice*

Prefacio	11
La larga noche de los tiempos pretéritos	17
Kentucky	19
Warren	38
Piedras	48
La nariz india	75
La luz o el despertar del siglo	95
Descubrimiento	97
Londres y Edimburgo	120
Los ambiciosos	143
Fiebre	165
Escutari	167
La cesárea	174
Redención	187
Manos sucias	189
Asesinos en la oscuridad	206
Los guantes del amor	226
Frutos	249
Susan	251
El largo camino	291
El sanctasanctórum	306
Índice de nombres	321

## *Kentucky*

McDowell fue el héroe de mi juventud. Murió en 1830, cuando yo tenía cuatro años. No le vi jamás. Pero mi padre le había visitado varias veces. El relato de mi padre acerca del doctor rural de Danville que siempre iba a caballo —y quien casi cuarenta años antes del descubrimiento de la antisepsia se había atrevido en los bosques de Kentucky a abrir con éxito el cuerpo de una persona viva en contra de las opiniones teóricas de todo el mundo— es un relato que presentó multitud de formas. En él, mi padre se iba adaptando al grado de los conocimientos médicos que fui adquiriendo de muchacho en su consulta y a los de anatomía femenina, ya que la primera persona operada por McDowell fue una mujer. Mi padre me hablaba ya del doctor, cuando todavía me sentaba sobre sus rodillas y siguió haciéndolo muchos años más tarde, cuando yo estaba firmemente resuelto a convertirme en cirujano. En aquella prehistoria de la cirugía, por decirlo así, en la antecámara sombría, dolorosa, rodeada de terror y muerte del gran siglo de los triunfos quirúrgicos, que se inició más tarde, en 1846, la historia de McDowell era algo así como una luz que encendía mi ardiente fantasía y me anticipaba visiones del futuro. Y más tarde, cuando yo mismo me encontré en medio del progreso torrencial de aquel siglo de los cirujanos y asistí al nacimiento y desenvolvimiento de la moderna cirugía, la figura de McDowell siguió siendo el símbolo inolvidable de aquel pasado que con la antigua y dolorosa limitación de sus conocimientos y posibilidades y la inevi-

table crueldad de sus procedimientos, resultaba entonces casi inconcebible.

El día 15 de diciembre de 1809 había nevado de forma profusa en Kentucky.

McDowell llegaba de Danville después de haber cabalgado durante varios días. Entre esta población y la colonia había una distancia de noventa kilómetros cubiertos de espeso bosque. Sólo de vez en cuando bordeaban el camino unas cuantas cabañas. McDowell era natural del país. Los indios habían matado a su abuelo cuando su padre tenía siete años. Él mismo, a pesar de que éste había sido juez y había figurado como político entre los hombres más importantes de Kentucky, había crecido entre cabañas y trabajado duramente en las granjas a la sombra de las luchas con los indios.

Mientras McDowell miraba a su alrededor, se abrió de un empujón, desde dentro, la puerta de una de las cabañas mayores. Salió afuera un vaho cálido que en el aire diáfano y frío formó una nube. Detrás apareció un hombre barbudo. Numerosos perros se pusieron a ladrar furiosamente. También se abrieron las puertas de las chozas restantes y de ellas salieron hombres y mujeres que se reunieron ante la casa del barbudo. McDowell supuso que se trataba de Tom Crawford, el que le había enviado a buscar. Así que se acercó a él a caballo, y descabalgó con las piernas tiesas su cuerpo largo y flaco.

—¿Tom Crawford? —preguntó.

—Está dentro —contestó el otro secamente.

Apartó a un lado un tropel de niños y McDowell entró agachándose. Conocía ya el olor de esas casas: una mezcla extraña de humo, sudor y fetidez de vestidos mojados. El fuego del hogar y una vela de sebo arrojaban una luz miserable sobre una mujer acostada en un rincón sobre un camastro. Su rostro demacrado y amarillento producía la extraña impresión de ser de madera. Con voz nasal exhalaba quejumbrosos suspiros. El vientre parecía cubierto por un enorme colchón de plumas.

Junto al lecho se acurrucaba otra mujer, una figura encorvada

de semblante cobrizo y resignado. Se volvió hacia McDowell cuando éste, agachando la cabeza bajo las vigas ennegrecidas por el humo, se acercaba al lecho.

—Buenos días, doctor —gruñó con voz ronca—. Soy la señora Baker, la vecina. He hecho por ella cuanto podía hacerse. Seguro que está ya en el undécimo mes. Gime como si tuviera los dolores de parto. Pero no puedo hacerlo salir. Basta que lo intente para que se ponga peor.

McDowell guardó silencio. Puso su bolsa junto al lecho, se quitó los guantes y el abrigo y se acercó al fuego. Allí se frotó las manos para calentarlas.

—Salid afuera —dijo a la gente que detrás de él se apretujaba en la cabaña. Después fue a sentarse junto a la cama.

Apartó el cobertor. No era más que una vieja manta de lana de color gris. Lo que había parecido un enorme colchón de plumas no era otra cosa que el vientre, horriblemente hinchado y desplazado a un lado.

McDowell puso las manos sobre la piel tirante y las deslizó de un lado a otro. El rostro de la enferma seguía inmóvil. Sobre la piel del vientre, parecida al parche de un tambor, observó unas manchas azules y verdes. Obsequió a la vecina y a sus rojos puños con una mirada furtiva y desconfiada. Presionó varias veces fuertemente hasta que los dientes de la enferma rechinaron por primera vez. Él no perdió la calma. Finalmente se levantó y cubrió el hinchado vientre con la manta. Dirigió una mirada inquisitiva al rostro de Crawford y se mordió en silencio los labios. Fue un silencio doloroso.

—Crawford —dijo al fin—, eso no es un niño.

—Doctor —respondió Crawford con sordo y mal contenido temor—, ¿lo arreglará usted?

McDowell dirigió la vista hacia la estrecha ventana. Afuera, sobre la nieve, se agolpaban, curiosos, hombres y mujeres. Esperaban formando una especie de muralla humana.

—Crawford —dijo McDowell—, déjeme estar a solas un rato con su señora.

La opaca mirada del marido se dirigió hacia la bolsa del instrumental. En sus ojos anidaban el recelo y el miedo. Aun así, salió a grandes zancadas seguido de la vecina.

McDowell se quedó solo con Jane Crawford. Y solo también con su diagnóstico. Éste se orientaba hacia un tumor quístico muy avanzado en un ovario, que desplazaba ya estómago e intestinos y obligaba al corazón aprisionado a realizar su trabajo de forma descontrolada.

McDowell era hijo de su tiempo, una época en que la cirugía se reducía a la amputación, quelotomía, litotomía, ablación de cataratas y algunas operaciones de urgencia, pequeñas o grandes, desesperadas y torturadoras para las víctimas, pero en las que nunca se efectuaban auténticas intervenciones internas del cuerpo humano. A éstas se oponía la imposibilidad de superar los dolores de la operación. Deponían, además, en contra, las mortales fiebres de supuración, que al parecer acechaban especialmente debajo del peritoneo, para manifestarse en cuanto se abría éste. McDowell, como yo hiciera más tarde, había comenzado su trabajo como aprendiz de «doctor» práctico. Pero había tenido la buena fortuna de que el doctor Humphreys, de Staunton, su profesor, había sido siempre un investigador de gran vocación que incluso hacía prácticas de anatomía con sus discípulos, cosa que en aquella época era considerado algo inusual. Humphreys se había hecho famoso a causa de un escándalo en torno a un esqueleto humano, encontrado en una cueva cerca de Staunton, que se consideró como los restos de un asesinato. En realidad se trataba de los de un negro fallecido al que los alumnos de Humphreys habían practicado la autopsia. Además, McDowell había gozado de la ventaja de ser enviado por su padre a Edimburgo (Escocia), para estudiar medicina con más detenimiento de lo que era posible hacerlo por entonces en Norteamérica.

Cuando decenios más tarde llegué a Edimburgo, no me fue difícil verificar los estudios de McDowell.

Éste había seguido un cursillo del famoso profesor Bell, que



se centraba de un modo especial en los tumores ováricos y en el desarrollo dramático de esta afección si se le dejaba «seguir su curso natural». Desde hacía milenios, desde los orígenes de la especie humana, habían muerto incontables mujeres en medio de grandes dolores, y sin esperanza alguna, por desarrollarse uno o ambos ovarios en su cavidad abdominal, hasta formar tumores benignos o malignos, a veces de enormes dimensiones. Con una delgadez extrema, demacrado y pálido el rostro, pero con el vientre enormemente hinchado, habían arrastrado, por decirlo así, el peso que crecía dentro de ellas a través de los milenios, hasta sucumbir por astenia en todos los casos. Aquí y allá habíase elevado a veces una voz que consideraba la posibilidad de salvar a las que de esta forma estaban condenadas a muerte abriendo el vientre y extirpando el tumor con un cuchillo. Pero nadie se atrevió a efectuar tal intervención, pues la historia de las lesiones de guerra en el vientre parecía demostrar que la abertura de la cavidad abdominal –sin hablar del *shock* ante el dolor, frecuentemente mortal– provocaba una peritonitis, cuya consecuencia era la muerte del paciente. John Bell, a cuyos pies se sentaba en Edimburgo el joven McDowell, no había sabido explicar (al igual que Hamilton) otra teoría que la de la capitulación de todos los cirujanos ante las enfermedades del interior del cuerpo y, por lo mismo, también ante los tumores ováricos, habiendo divulgado esta desesperada conclusión en su obra *Fundamentos de la cirugía*.

–Doctor...

McDowell abandonó, sobresaltado, sus cavilaciones. Oía por vez primera la voz de la enferma llegándole del camastro. Presintió que la mirada de ésta había estado hasta ahora fija en él.

–Doctor –repitió Jane Crawford–. ¿Qué es?

La mirada de McDowell tropezó con la de la mujer.

–Creo que es un tumor.

–Doctor –dijo ella–, córtelo usted... yo aguanto mucho el dolor.

McDowell esquivó la mirada de la mujer. Se quedó inmóvil. «Coge tu bolsa –oía decir a la lejana voz de sus maestros de

Edimburgo—. Extiende una receta. Deja morir en nombre de Dios a Jane Crawford tal como ha sido dispuesto y regresa a tu casa de Danville.» Y seguía oyendo voces que le decían: «No te dejes seducir por la idea de que de todas maneras está condenada a morir y de que el intento de salvarla interviniéndola quirúrgicamente no puede, en el peor de los casos, tener tampoco otra consecuencia que la muerte. Si muere bajo tu cuchillo, cualquier tribunal podrá condenarte por asesinato, ya que nosotros, las autoridades, hemos dictaminado que una intervención de esta naturaleza sólo conlleva la muerte. Y aun en el caso de que no hubiera tribunal alguno que te llamara a responder, la profesión médica condenaría tu acción».

McDowell oía los murmullos de los que esperaban afuera, delante de la ventana. No dudaba de que éstos seguirían creyendo en él y continuarían llamándole el «mejor cirujano del oeste de los Alleghanys» si extendía una receta inútil y dejaba que la enfermedad de Jane Crawford «siguiera su curso natural». Pero le tratarían de asesino si luchaba por la vida de la enferma y salía derrotado del combate.

—Doctor —dijo la voz ronca de Jane Crawford— lo aguantaré, lo aguantaré con toda seguridad.

McDowell seguía inmóvil. Más tarde no pudo explicarse por qué en ese momento acudió a su memoria el recuerdo de las otras voces, hasta entonces siempre ignoradas, de algunos cirujanos que habían afirmado siempre la existencia de la posibilidad de salvar a las mujeres, condenadas a morir, mediante una intervención atrevida. Ciertamente que el gran médico inglés John Hunter había proclamado que tal intervención era imposible. Pero a pesar de ello, ¿no escribió una vez que era menester preguntarse por qué no había de resistir una mujer la eliminación de los ovarios a la que sobrevivían muchos animales?

—Doctor —dijo la mujer—. Tengo cinco hijos. Aún es demasiado pronto para morir. Si no me saca esto con el cuchillo, todo habrá concluido para mí. Aguantaré este corte, lo aguantaré con toda seguridad.

McDowell se movió por primera vez. Cogió la mano de Jane Crawford.

—Es usted una mujer valiente, señora Crawford —dijo. Era conocido por su sinceridad con los enfermos. Les decía la verdad aunque le llamaran bruto o despiadado. Sobre la vida y la muerte, odiaba la mentira—. Sí —dijo—, el tumor de su vientre la matará y lo único que no puedo decirle es cuánto tardará en acabar con usted. Pero aún puede tardar algún tiempo. Incluso mucho tiempo. —Y añadió—: Pero si yo intentara extirpar este tumor moriría usted a consecuencia de la operación. Así lo dicen todos los profesores de cirugía que conozco, incluso los más famosos y expertos.

McDowell desvió la mirada de la enferma y la fijó en la pared; pero sentía que los ojos de ella se fijaban imperturbablemente en él.

—Doctor —la oyó preguntar—, y usted ¿qué opina?

Él había presentado que le haría esta pregunta. No contestó.

—Inténtelo, doctor —dijo la mujer. Y prosiguió con voz serena—. Si muero en ello, será porque ése es mi destino; es mejor morir rápidamente que de esta manera. —Respiraba penosamente. Apretó los labios—. Les diré a todos que lo he querido yo; yo sola.

McDowell se levantó y se paseó entre el camastro y el fuego que humeaba.

—Señora Crawford —dijo finalmente con voz ronca y atormentada—, ¿podría usted, en este estado, acompañarme a caballo hasta Danville?

—Doctor —contestó ella sin vacilar—, yo voy con usted a caballo a donde quiera.

Otra vez oyó McDowell en la lejanía las voces de advertencia. Se mantuvo firme: nunca podría explicar lo que en aquella hora decisiva le impulsó, en su fuero interno, a hacer oídos sordos y a escuchar a la mujer que tenía ante él y que en el sentir de los grandes estaba condenada a morir, pero que no quería hacerlo.

—Señora Crawford —dijo—, puede que en mi casa lo intentara.

En el rostro de madera de la enferma se dibujó una sonrisa por vez primera. Torcida, desfigurada.

—Pues iré con usted, doctor —dijo—. Haga entrar a Tom y déjeme un momento a solas con él. Se lo contaré todo y le diré que no espere mi vuelta, sino sólo la del caballo. Y después veré a los niños.

McDowell se acordó todos los días de su vida de aquel viaje a caballo con Jane Crawford y la señora Baker, del 15 al 17 de diciembre de 1809. El cuerpo deformado, envuelto en mantas, de Jane Crawford había sido atado a la silla del caballo del médico. Pero la mujer no exhaló una sola queja de dolor y, si lo hizo, cualquier gemido quedaba ahogado por el silbido del viento que les salía al paso en cuanto abandonaban de vez en cuando los bosques protectores.

Durante este viaje, McDowell tuvo reiteradamente ante sus ojos el cuadro que le había ofrecido la colonia antes de la despedida. No podía olvidar ni a los niños que lloraban, sin saber qué pensar de todo aquello, ni el sombrío rostro de Tom Crawford, que no acertaba a comprender si asistía a la partida de su mujer hacia la salvación o hacia la muerte. Tampoco podía olvidar las caras de los vecinos, en las que se reflejaba la huella de la incertidumbre ante los dudosos acontecimientos que se avecinaban.

En la tarde del 17 de diciembre, el pequeño grupo llegó a Danville, agrupamiento más o menos casual de casas de madera que había sido fundado en 1787. McDowell vivía en una de las más grandes, en compañía de su mujer Sarah, su sobrino y en aquel entonces su asistente el doctor James McDowell, y su discípulo Charles McKinny.

Ya oscurecía. La calle principal, cubierta de nieve, estaba desierta. Por esta causa, los habitantes de Danville no tuvieron noticia de la llegada de la nueva paciente de McDowell ni del audaz propósito de éste.

Cuando el doctor descabalgó, agotado, Sarah McDowell salió a la puerta con una luz en la mano. Escuchó sus explica-

ciones y comprendió sin preguntar mucho. Llamó a James y a Charles. Después bajaron del caballo a Jane Crawford. La llevaron a la cama y mostraron a la señora Baker su habitación.

Aquella noche McDowell no durmió. Inclinado junto a la lámpara de aceite, sobre sus libros y revistas de anatomía y cirugía, repasaba una vez más todo lo que hasta la época más reciente se había escrito sobre tumores ováricos. Pero no encontró nada que le satisficiera. Únicamente la Real Academia de Cirugía de París había publicado en aquellos años un informe en el que se aludía reiteradamente a hombres como Félix Plater, de Basilea, y al cirujano Diemerbrock, muerto en 1674, que habían sostenido en aquella época la posibilidad teórica de extirpar los tumores ováricos. Pero hay escasas probabilidades de que tal informe llegara hasta la casa del doctor de Danville. Y en el supuesto de haber llegado... McDowell no sabía francés. Por lo mismo cabe asegurar que el tenor de las lecturas de aquella noche fuese siempre el de un reiterado «no» o de un «imposible».

Hacia las seis de la mañana, McDowell cogió la lámpara y entró en la habitación donde descansaba Jane Crawford. Ésta, con su hinchado vientre, parecía reposar tranquila. McDowell la creyó dormida. Pero de pronto oyó en la penumbra su fatigada voz. Fatigada, pero claramente perceptible.

—Doctor —dijo—, ¿no irá usted a renunciar? No quisiera haber hecho inútilmente un viaje tan largo.

McDowell, en el umbral, guardó silencio. Pero sentía que ante aquella mujer, ante su confianza y su desesperado valor, era ya imposible volver atrás y comprendió que había iniciado un camino que era menester seguir hasta el fin, fuese como fuese.

—No, señora Crawford —replicó—, no renuncio.

A la mañana siguiente, cuando afuera pasaban los primeros coches y trineos por la calle nevada, McDowell habló con su sobrino. Le informó de lo ocurrido y finalmente le preguntó:

—¿Puedo contar contigo?

James había estudiado en Filadelfia, donde en aquella época había una de las mejores escuelas de medicina de Estados Unidos.

–Tío –dijo confuso–, James Physick y todos los demás te dirían que Jane Crawford va a morir por obra de tu cuchillo.

–Lo sé, pero no lo creo.

–Todo Danville y todo Kentucky te tendrá por un asesino. Si muere, la gente se amotinará e incendiará tu casa.

–Precisamente por eso no debe morir –replicó McDowell–, y por eso te necesito.

James bajó la vista al suelo.

–No puedo ayudarte –dijo en tono de lamentación–. En esto no puedo hacerlo. Sobrevendría una desgracia. El doctor Hunn diría a todo el mundo que eres un asesino.

–No te preocupes por Hunn –dijo–. Yo sólo te he preguntado si quieres ayudarme o no.

–No puedo –replicó suplicante James–. Y te ruego que no lo hagas. Por favor, no lo hagas.

–Entonces operaré con Charles –dijo McDowell, disponiéndose a salir.

–Charles aún es un niño –se lamentó James–. No puedes hacerlo; no debes hacerlo.

McDowell abandonó la estancia. Se dirigió a la cocina, donde dictó una dieta con el fin de fortalecer a Jane Crawford antes de la operación.

Al día siguiente se desató sobre el lugar una furiosa tempestad de nieve. El viento aullaba en las calles y McDowell no se extrañó que su sala de consultas permaneciese vacía. Mientras la tormenta sacudía puertas y ventanas se entretuvo con Charles enseñándole al atento muchacho los instrumentos necesarios para intervenciones de importancia.

Por la noche apareció Sarah en el umbral de la puerta.

–Ephraim –dijo–, ¿tú crees que Charles...?

–Charles es un buen muchacho –dijo McDowell.

–Sí, es un buen muchacho –replicó Sarah–. Sólo que yo quería

decirte que si él no pudiese con su tarea, no olvides que yo también estoy aquí.

–Nunca lo he dudado –dijo él, levantando la cabeza.

Al otro día las fuerzas de la tormenta se habían agotado. Pero la sala de consultas continuaba vacía. Tampoco al día siguiente apareció nadie para solicitar la ayuda de McDowell. Por la tarde, se encontró en la calle con un negro a quien había asistido varias veces. El negro, al verle, emprendió la huida. McDowell le llamó y le mandó detenerse.

–¿Por qué huyes de mí?

El negro temblaba.

–Señor –dijo suplicante–, dicen que tú ser el demonio, que tú despedazas a las personas vivas para que vayan al infierno.

A última hora de la tarde del 24 de diciembre, cuando McDowell, en lucha con su propia vacilación, perfectamente disimulada, se sentaba de nuevo ante sus libros y estudiaba la anatomía del abdomen, James llamó a su puerta.

–¿Qué quieres? –preguntó.

–Todo el lugar está revuelto –dijo James–. Mañana levantará el sacerdote la voz contra ti por primera vez. Quieren asaltar la casa si...

–Creo que el sheriff protegerá mi casa de los necios –dijo McDowell levantando lentamente la mirada de sus libros.

–¿Qué puede el sheriff contra tantos?

McDowell no contestó.

Más tarde se encaminó con pasos cansados hacia el cuarto de estar. Encontró a Sarah ocupada en una labor.

Se detuvo cerca de la puerta y se quedó mirándola.

–Ephraim –dijo ella–, no necesitas preguntarme. Haz lo que tengas que hacer.

–Lo intentaré mañana, día de Navidad –dijo él–. Tal vez en tal festividad nos dejen en paz.

Mientras sonaban las campanas matinales del día de Navidad y los habitantes de Danville acudían a la iglesia, McDowell se dispuso a hacer los últimos preparativos. Arregló la gran mesa

de roble de la sala de estar, cubriéndola con lienzo blanco y atando a las patas unas cuerdas con las que había que sujetar a la señora Crawford. Hizo preparar agua fría y caliente, vendas e hilas. Cuando estaba ordenando sus instrumentos y le explicaba por última vez a Charles cómo debía írselos entregando, se dio cuenta de que se abría la puerta a sus espaldas. Se volvió. En el marco de ésta se hallaba James.

—Lo he pensado mejor —dijo—. Si no puedo hacerte desistir, al menos tendré que ayudarte.

McDowell no contestó. Pero tampoco rechazó a James cuando éste se quitó la chaqueta y se arremangó las mangas de la camisa por encima de los codos. Tampoco se fijó en la expresión de alivio que apareció en el rostro infantil de Charles.

—Charles —dijo—, la señora Crawford puede venir. Todo está a punto.

Sus espaldas estaban encorvadas como en aquella primera hora decisiva de Montleys Glen. En el instante en que dejaba de oírse el canto navideño de la iglesia, entraba en la habitación Jane Crawford apoyada en la señora Baker. En aquel mismo instante empezó allá a hablar el sacerdote. La señora Baker desvistió a Jane Crawford y ayudó a tender su pesado y deforme cuerpo sobre la mesa de roble.

—Doctor —dijo Jane Crawford mirando a las cuerdas—, no gritaré, puede estar seguro. No necesita atarme.

—Lo creo —dijo McDowell—, pero así es más hacedero.

Le introdujo unas píldoras de opio en la boca de delgados labios. En aquella época era éste el único medio que, algunas veces, atenuaba un tanto el dolor. Con ellas no se conseguía más que un alivio y, con mucha frecuencia, ni esto siquiera.

Después se inclinó sobre el tenso vientre. Con una pluma trazó la línea que debía seguir para abrir el peritoneo. Lo hizo en el lado izquierdo, a siete centímetros y medio del músculo recto del abdomen.

Después cogió el escalpelo. James cogió a su vez el suyo.

Cuando Jane Crawford vio la cuchilla, cerró los ojos. Inme-



diatamente empezó a cantar en voz alta. Cantaba un salmo. Era la hora decisiva en que pareciendo flaquear incluso el vigor de su energía, la paciente se agarraba de una manera desesperada a su fe y a su Dios.

Al hacer McDowell el primer corte abriendo la piel, la voz de Jane Crawford vaciló un instante. Se encogió su cuerpo y sus manos se aferraron al borde de la mesa. Pero a pesar de todos los tormentos, no dejó de cantar el salmo.

McDowell trataba de separar las capas musculares. Encontró la pared abdominal intensamente magullada a causa de la presión que sobre ella ejercía la cabeza de la tumoración. Hizo un corte en el peritoneo. Como presionados por un puño salieron hacia fuera los intestinos, cayendo sobre la mesa. McDowell y James trataron, asustados, de volverlos a meter en el vientre a través de la herida abierta. Pero no lo consiguieron. El gigantesco tumor que ocupaba la mayor parte de la cavidad abdominal cerraba el camino de retroceso.

La voz que cantaba subía y bajaba de tono. La respiración de Jane Crawford se volvía intermitente. Pero Jane hacía lo que a las personas de nuestros días ha de parecerles inconcebible: no gritaba. Y al terminar su primer salmo inició otro.

McDowell restañó la sangre. El tumor se distinguía detrás de los intestinos que habían sido expulsados al exterior. McDowell intentó abarcarlo con ambas manos y extraerlo. Pero era demasiado grande para pasarlo por la herida abierta en el vientre. Estaba asentado sobre la trompa de Falopio como un fruto gigantesco y excesivamente maduro encima de su tallo. Entonces McDowell ligó con un hilo de seda la trompa muy cerca de la matriz.

Después, tras una breve y precipitada decisión, abrió el tumor mediante dos cortes. Estaba lleno de una masa espesa de consistencia gelatinosa. James cogió una cuchara para sacarla. Trabajaba con mano insegura. Cuando más tarde pesó la masa extraída, ésta resultó tener un peso de seis kilogramos. Entretanto seguía oyéndose la voz que cantaba. Era el canto más espantoso y con-

movedor que podía salir de una boca humana. Cada vez se hacía más débil. Cuando McDowell extrajo de la herida abdominal el saco vacío del tumor, separándolo con un corte del útero, y bañado en sudor y respirando sofocadamente lo dejó caer sobre la mesa, se oyó un «Aleluya» alargado e interrumpido por gritos mal reprimidos. Más tarde se pesó también este saco: tres kilogramos. McDowell estaba tan atento a las oscilaciones del canto de Jane Crawford, deformado por el dolor, que no se dio cuenta del ruido que en ese momento se acercaba por la calle. McDowell no vio que se aproximaba una muchedumbre amenazadora hasta que durante un breve instante volvió el rostro hacia la ventana. Las voces eran ahora tan fuertes que lo que gritaban podía oírse perfectamente incluso dentro de la habitación:

—¡Sacadla de su casa! ¡Salvad a Jane Crawford! —Las voces se unían formando un coro.

McDowell, con las manos bañadas en sangre dentro de la herida, miró a James. Los primeros hombres y mujeres se paraban fuera delante de la casa.

—Sacadla fuera —gritaban en la calle—; sacadla fuera antes de que pueda asesinarla.

McDowell introdujo los intestinos en la cavidad abdominal desgarrada. Con ayuda de James volvió el cuerpo abierto hacia un lado y dejó que se escurriera al suelo la sangre que se había vertido en el interior de dicha cavidad. Mientras lo hacía el canto cesó por primera vez. Se oyeron golpes en la puerta de la casa. Dos hombres treparon a un árbol que había cerca de una ventana y dejaron caer una cuerda en cuyo extremo había un lazo.

—Salga usted para que podamos ahorcarle —gritó uno de ellos.

James aplicó el oído contra el pecho de Jane Crawford. Sus manos buscaron el pulso de la mujer; pero entretanto volvió a abrirse la boca de ésta. Una vez más, en medio de su tormento, trataba de elevar la voz y encontrar un sostén en el balbuceo de la letra de un salmo.

McDowell juntó los labios de la herida del abdomen. James los sostuvo mientras él manejaba la aguja.

Los golpes contra la puerta se hacían más violentos.

McDowell pudo oír la voz del sheriff que gritaba en la calle:

—¡Callad, callad! Yo entraré a ver lo que pasa ahí dentro. ¡Dejadme pasar, dejadme pasar!

En aquel mismo instante se interrumpió de nuevo la canción de Jane Crawford. Otra vez se inclinó James y, desesperado, le auscultó el pecho. Pero lo que había hecho enmudecer su voz era sólo un desmayo. Jane Crawford respiraba casi imperceptiblemente; pero estaba viva.

McDowell oyó rechinar la puerta detrás suyo. Apresuró la sutura. Dejó abierta la parte inferior de la herida para poder sacar por allí los cabos de las ligaduras y controlarlas desde fuera durante la curación. Al hacerlo, volvió a un lado el rostro desfigurado por el esfuerzo y reconoció a Sarah.

Ésta se apoyaba contra la puerta.

—El sheriff quiere entrar —dijo.

—Retenedle —replicó él jadeando—, retenedle todo el tiempo que podáis.

Aplicaron un parche de esparadrapo encima del vendaje, y deshicieron los nudos de las cuerdas, que en parte ya se habían soltado. Todavía estaban ocupados en este menester cuando se abrió la puerta de un empujón y el sheriff se presentó en el interior de la pieza. La operación había durado veinticinco minutos. El sheriff se detuvo, mientras afuera se había hecho un silencio semejante a la calma que precede a las tormentas. Ante el espectáculo de la mujer inconsciente, de los trapos sanguinolentos, de las manos ensangrentadas y los charcos de sangre en el suelo, se quedó inmovilizado de espanto.

—La han asesinado... —dijo apenas dueño de su voz.

McDowell tuvo que apoyarse en la mesa de operaciones; pero se mantuvo erguido.

—La hemos operado —contestó—. Le hemos eliminado el tumor del vientre y... vive.

El sheriff miró indeciso a su alrededor. Después se acercó a la mesa y se inclinó sobre la operada. Oyó su leve respiración.

Con un escalofrío vio el saco vacío del tumor. Después se incorporó y, pálido, se dirigió hacia la puerta.

—Doctor —dijo como retractándose confuso—... me lo había supuesto exactamente así. Esos necios querían colgarle. Pero yo se lo explicaré. Se lo explicaré. Me lo había supuesto exactamente así.

Salió a toda prisa. McDowell y James, apoyados todavía en la mesa, oyeron abajo la atronadora voz del sheriff:

—¡Largaos de aquí, largaos! La han operado bien y sigue con vida.

Por un momento se hizo el silencio: el silencio de la sorpresa.

—¡Os lo digo yo; os digo que vive! —gritó el sheriff—. Y ahora no olvidéis que hoy es Navidad.

Reinó de nuevo el silencio. Después McDowell y James vieron cómo los dos mozos que habían subido la cuerda con el lazo al árbol, la echaban abajo y bajaban al suelo sin decir una palabra.

Si es verdad que el doctor Ephraim McDowell no olvidó nunca el largo viaje a caballo a través de los bosques durante los días 15, 16 y 17 de diciembre de 1809, tampoco olvidó los cinco días que siguieron a la operación felizmente llevada a cabo. Estos días habían de decidir si la abertura del vientre de una persona viva sería una operación coronada por el éxito o si con ello no se había hecho más que abrir la puerta a la fiebre purulenta y a la muerte.

McDowell esperaba. Observaba a Jane Crawford con ojos cansados a causa de las noches pasadas en vela. Estaba a la espera de los primeros síntomas de la fiebre, del enrojecimiento de la herida, del olor de la corrupción. Aguardó durante dos días, durante tres, durante cuatro y durante cinco; pero no descubrió ninguna señal amenazadora.

Al llegar el quinto día sorprendió a Jane Crawford fuera de la cama, ocupada en arreglar las mantas. Con gran esfuerzo logró convencerla de que se acostara nuevamente y descansara todavía veinte días más hasta que las ligaduras se pudiesen sacar de la cavidad abdominal mediante un leve tirón en sus extremos y se

probara así que el muñón que había quedado al extraer el tumor se había cerrado. La herida del vientre se curó y no hubo manera de retener por más tiempo a Jane Crawford ni en la cama ni en la casa de McDowell.

Montó a caballo y partió sola, puesto que la señora Baker había regresado hacía días, y recorrió sin compañía los noventa kilómetros de camino que la separaban de su colonia junto a la Fuente Azul. En marzo de 1842, treinta y tres años después de la operación, murió en Grayville en casa de uno de sus hijos, a los setenta y ocho años de edad.

Por convencido que pudiera estar McDowell de que con su feliz intervención en el abdomen de un ser humano había traspuesto una barrera ante la cual se detenían los grandes cirujanos, presa de impotente temor, no se le ocurrió la idea de someter su éxito a la consideración de los médicos famosos de su época. Él era un hombre práctico, no un escritor de teorías.

Siguió con su dilatada clientela. Continuó cabalgando por los bosques hasta que, cuatro años más tarde, en 1813, fue llamado para visitar a una pobre esclava negra que tenía también un tumor ovárico. Verdad es que vaciló unas cuantas semanas, pues el tumor parecía duro e inmóvil y, por lo mismo, podía ser de origen maligno. Recetó mercurio que, para el caso, era en aquellos tiempos un remedio tan apreciado como ineficaz. Pero más adelante se decidió por la operación. También tuvo el éxito de la anterior. Ahora bien, hasta que en 1816 obtuvo McDowell un tercer éxito en la práctica de la misma operación, no pudo convencerle Sarah de que tomara la inhabitual y odiada pluma con el fin de redactar un informe sobre sus intervenciones. Lo envió a su maestro John Bell, de Edimburgo, y también al doctor Physick, el «padre de la cirugía americana». Finalmente lo envió al doctor C. James, profesor de obstetricia de Filadelfia. Pero no obtuvo ninguna respuesta de Edimburgo, pues el doctor Bell estaba agonizando, y su sustituto John Lizar pasó por alto el ma-

nuscrito para publicarlo seis años más tarde como parte de un trabajo propio. Tampoco llegó ningún eco del doctor Physick. Sólo Thomas C. James publicó la memoria de Ephraim McDowell en *The Eclectic Reporter*, pero en el curso de dos años no hubo más que dos réplicas de profesores de cirugía. Éstos decían, no sin cierta altanería, que los relatos de McDowell debían publicarse, a lo sumo, para eliminar de una vez para siempre la idea de que «podían servir de algo».

Cuando McDowell leyó las dos respuestas, ya había verificado otras dos operaciones, una de ellas con buen resultado. El éxito de la segunda –operación de un quiste dermoideo– había sido anulado por vez primera a causa de la fiebre purulenta. De cinco operaciones, cuatro habían tenido un resultado satisfactorio. Entonces McDowell se preguntó cuál era el porcentaje de curaciones en aquellas operaciones que la cirugía de su época consideraba no sólo practicables sino eficientes, en el orden de las amputaciones, quelotomías, litotomías, extirpación de fístulas y trepanaciones de cráneos heridos. Después de tales intervenciones, ¿no se morían, sobre todo en los grandes hospitales, de ocho a nueve enfermos de cada diez? Por tanto, ¿era lícito que afirmaran al referirse a su caso, y después de cuatro operaciones con feliz resultado, que la incisión de la cavidad abdominal encaminada a extirpar un tumor ovárico era siempre mortal y, por ende, recusable?

Ephraim McDowell cogió una vez más la pluma y expresó su asombro con toda sinceridad, a fuer de hombre sencillo.

Después de esto se hizo en torno a su nombre un silencio definitivo. Ciertamente obtuvo el título de doctor honorario de la Universidad de Maryland; pero durante muchos decenios, en cuestión de tumores ováricos y su cirugía, se impuso el conservadurismo de las autoridades que dejó a un número incontable de mujeres «en manos de la naturaleza», lo que equivale a decir que se las dejaba en brazos de la muerte. Y es que su época estaba todavía muy lejos de la supresión del dolor durante la intervención y del descubrimiento de las causas de la inflamación y

la supuración, así como del modo de evitarlas. Muy pocos tenían su audacia y su decisión, y menos los que como él se sentían tan libres de prejuicios. Pero ante todo, nadie fue capaz de preguntarse por qué a McDowell le acompañaba el éxito. Nadie sospechaba que la virginidad de los bosques, la capacidad de resistencia de sus pacientes y sobre todo la limpieza –extraordinaria para su época– que Sarah llevaba a cabo en su hogar, eran los auxiliares básicos de McDowell. El hecho de que su audacia se aliara inconscientemente con circunstancias favorables, y de que su vida discurriera lejos de los antros infectos de las salas de enfermos operados de todo el mundo, hizo que se anticipara a su época. McDowell practicó en total trece ovariectomías, de las cuales doce dieron un feliz resultado. Y al retirarse de su práctica clínica se encontró –sin saberlo– con que tenía tres seguidores, cada uno de ellos con una intervención coronada por el éxito: Nathan, Alban Smith y David Rogers. También ellos trabajaban en el Nuevo Mundo virgen. Cansado de la lucha con sus adversarios contradictores y enemigos envidiosos, McDowell se retiró a una plantación. Vivió la vida de un noble de los estados del Sur, hasta que –según ha podido comprobarse posteriormente– murió de una enfermedad que sólo hubiera podido curar la cirugía abdominal y que más de medio siglo después habría de ser vencida definitivamente.